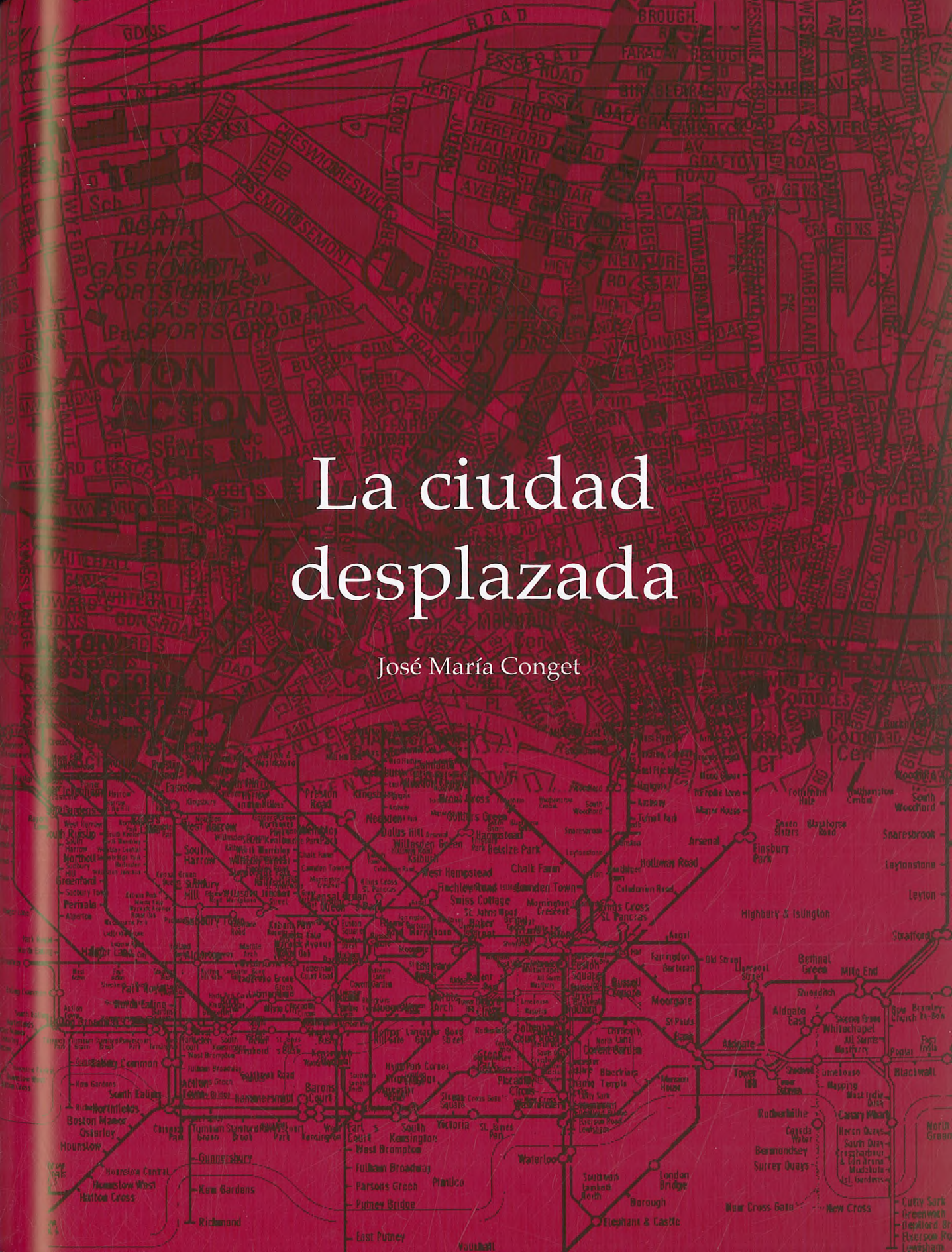


La ciudad desplazada

José María Conget

Un hombre de mediana edad y su pareja viajaron a Londres donde habían sido felices juntos hacía muchos años. Se alojaron en la habitación de un hotel cerca de Paddington Station y del hospital de Saint Mary que les suscitaba tan buenos recuerdos. Creo que desde aquí podría llegar a nuestra casa de entonces con los ojos cerrados, comentó él. Había olvidado algunos nombres pero evocó con delectación la calle de tiendas de antigüedades y la calle de restaurantes hindúes, el cine ABC de Bayswater donde Bea vio su primera película –*He-Man, the movie*--, la avenida cómosellamaba en la que abría consulta el dermatólogo que le había curado el eczema de la sien, las casitas unifamiliares con las que Portobello Road despedía su andadura, el pub Duke's Arms y su única oferta comestible de chile con carne, el cutre *fish and chips* de Oxford Gardens, el puente del metro de Ladbroke sobre el comedor de jubilados y los talleres mecánicos y, por fin, rodeando el jardín secreto, los dúplex que se alzaban sobre el malfamado Rillington Place, su calle, su casa que destacaba por el ventanuco abierto del *loft* que habilitaron como dormitorio. Ella iba sacando la ropa de las maletas y guardándola en el armario. Podrías ayudar, ¿no?, le dijo, además opinaba que su trayecto los llevaría a cualquier sitio menos a casa y por cierto la primera película de Bea no fue *He-Man* sino otra obra maestra, *Bigfoot and the Hendersons*, y la vieron en el Odeon, no en el ABC, dijo, y de dónde se había sacado que el *fish and chips* estaba en Oxford Gardens, qué va, a ella no se le había borrado el olor a vinagrillos cuado se acercaba al metro, o sea, junto a las escaleras de la parada de Ladbroke Grove, allí se ofrecían aquellas suculencias. El hombre se había incorporado para ayudar con la ropa pero volvió a echarse. Perdona, dijo, le pidió que le dejara concentrarse y cerró los ojos mientras la mujer suspiraba, no, no, no tenía razón, visualizaba él con todo detalle el *fish and chips* en Oxford Gardens, más bien cerca de Portobello, y la película, disculpa, dijo, fue *He-Man*, anda y que no se asustaba la cría cada vez que salía el malo, Skeletor se llamaba, mira si se acordaba bien, y qué le decía de su ruta a casa, a ciegas la seguiría, se la harían luego y ya vería. Pero luego, como no estaba lloviendo, prefirieron acercarse a Hyde Park y caminar por la yerba en dirección a Oxford Street, harían tiempo por las tiendas hasta la hora de cenar en un chino del Soho que ojalá no hubiera desaparecido, el que hacía chaflán en una esquina de Wardour. No consiguieron encontrar el restaurante, sin duda lo habían cerrado, tantos años ya, pero cenaron en un thai pasable y el hombre aprovechó las ancas de rana que no estaban tan picantes como otrora para lamentar los cambios de

las cosas, a uno le gustaría que la papelería de la esquina de la calle donde nacimos permaneciera en la esquina por la eternidad, es decir, toda nuestra vida, dijo, y que el bar de la calle Pignatelli siguiera allí hasta el fin de los tiempos con aquellas croquetas compactas de mucha masa y ningún jamón, verdad, y no digamos esta ciudad que tenía fama de conservadora y todo lo había alterado, no sólo las cabinas telefónicas, nada se conservaba, buscas en Londres a Londres oh peregrino y en Londres mismo etcetera, ¿no le parecía? Y sin embargo en el centro casi todo seguía igual, dijo la mujer, incluso si la hubiera dejado, puesto que suponía que buscaba el restaurante chino de dos pisos donde ella se pedía siempre unos *singapore noodles* tan ricos, si la hubiera dejado, ella le habría encontrado el tugurio aquel, se había empeñado el hombre en meterse por Wardour y no estaba allí, dijo ella, como no estaba el *fish and chips* en Oxford Gardens, que perdonara la insistencia. Discutieron hasta el té sobre la exactitud de sus muy diferentes recuerdos. Esa noche el hombre soñó que vivía de nuevo en Rillington Place o transcurría el sueño en la época en la que vivía en Rillington Place, no estaba seguro, y en su casa habitaban unos desconocidos, una familia que lo mantuvo en el umbral y cuyos miembros hablaban un dialecto que él no podía entender, pensó que se había equivocado de número, las *maisonettes* eran tan similares, pero no, la puerta acristalada era la del número 27, miró a su alrededor, estaba completamente solo en la calle, algunas ventanas de los inmuebles se habían encendido y a través de ellas se intuía un movimiento de sombras, tal vez alguien lo observaba apartando un pliegue de los visillos, enfrente, arriba, se veían las vías del metro que circulaba por la superficie por esa zona, escuchó un traqueteo lejano y sintió una vaga y antigua amenaza. Despertó.

Al día siguiente planearon vagabundear por Hampstead durante la mañana y visitar la New Tate después del almuerzo. Él se empeñó en que habían modificado ligeramente las líneas del metro lo que dio lugar a otra discusión sobre la fidelidad de la memoria de cada uno. El cielo estaba gris, cómo no, lo que no les impidió disfrutar de su paseo por los senderos embarrados de Hampstead Heath. Olía a Inglaterra, pensó el hombre, un raro aroma a tiempo y a arboledas mojadas; sólo le desasosegaba un poco la implacable resistencia de la realidad física a configurarse según los planos de su recuerdo. Peor le resultó por la tarde la búsqueda de cierta librería de Charing Cross que, se escandalizó, se había desplazado una manzana o dos en dirección a Tottenham Court Road y sólo cuando su pareja, que

empezaba a hartarse de tantos absurdos empecinamientos topográficos, le preguntó directamente al empleado que los atendía si alguna vez el negocio estuvo instalado una o dos calles más al este y el librero le aseguró que Quinto Bookshop no se había movido jamás de aquel enclave, se vio obligado el hombre a reconocer que sus neuronas le fallaban de manera inquietante y a soportar la sonrisa entre sarcástica y resignada de su compañera. No se atrevió en las sucesivas jornadas a reivindicar direcciones pero comprobaba con tácito estupor que todo –los pubs, los teatros, la biblioteca pública de Notting Hill— estaba arbitrariamente desplazado respecto a su ubicación real, o más bien respecto a la ubicación que él juzgaba correcta. Se reservó una prueba de fuego. La mujer había quedado a tomarse una cerveza con el profesor que la preparó para el examen de *proficiency* y el hombre emprendió a solas el itinerario de vuelta a casa, igual que cuando dejaban el hospital de Saint Mary y hacían el recorrido que él había evocado punto a punto nada más llegar. Y se perdió. Las calles se dirigían a otras plazas que las de entonces, las esquinas se doblaban hacia otros jardines. Llegó, preguntando, hasta Oxford Gardens donde no encontró ningún *fish and chips* que sí seguía abierto a la puerta del metro de Ladbroke Grove, como había afirmado su mujer. Descendió melancólicamente por Ladbroke esperando desembocar frente al cine Coronet, a la derecha del Gate al que tan asiduos fueron en tiempos, pero la calle se detenía en Holland Park, separada de sus arbustos por la carretera que llevaba el mismo nombre. Le entró un mareo, una sensación turbia de náusea. Era como si una manaza gigante se hubiera aferrado a la ciudad y la hubiera movido unos metros sin destrozar nada. Regresó al hotel en un taxi. Se tumbó en la cama. Luego escribió un cuento en las hojas en blanco de su libreta de direcciones. Cuando vino la mujer le pidió que lo leyera.

LA CIUDAD DESPLAZADA

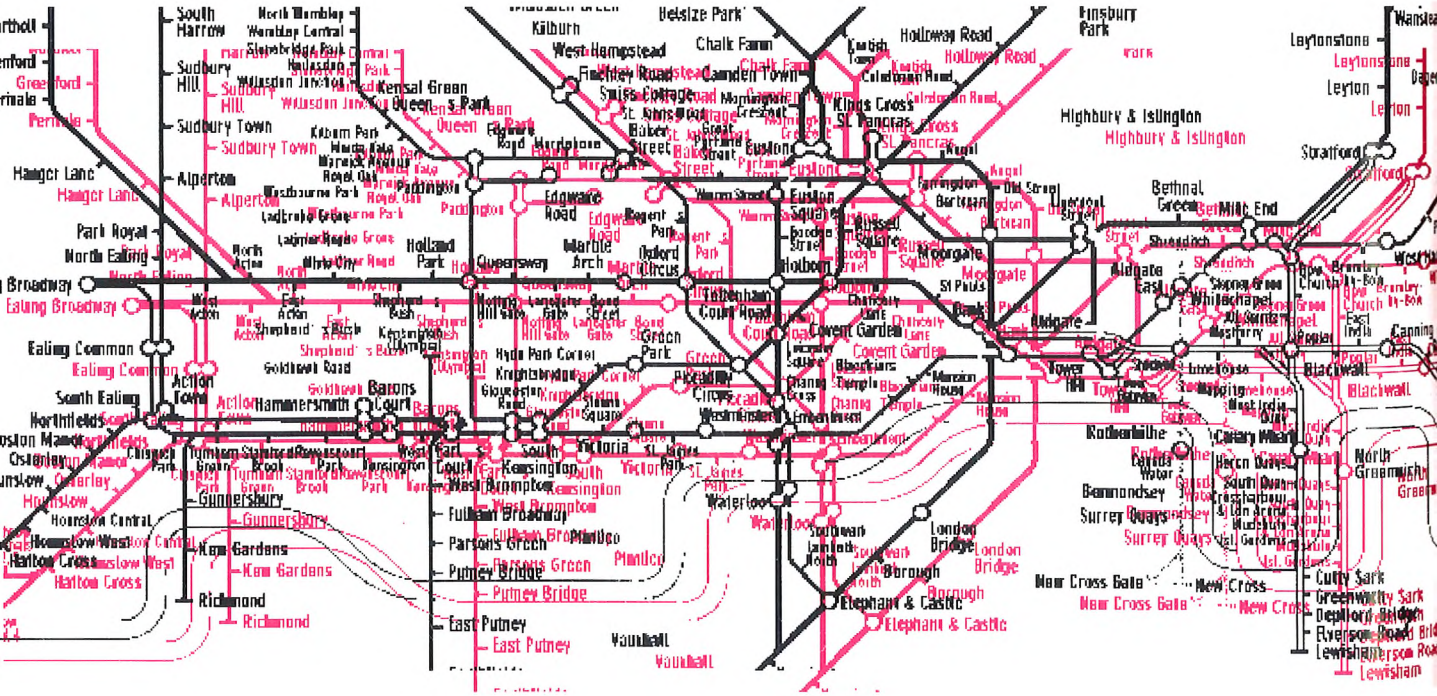
Un hombre de mediana edad y su pareja viajan a una ciudad donde habían sido felices juntos hacía muchos años. El hombre pretende volver a recorrer viejos itinerarios sentimentales pero descubre con desazón que ninguna calle le lleva donde él recordaba, que el mapa de su memoria no se corresponde con el de la realidad. La mujer le corrige los cruces erróneos, las plazas desubicadas, los nombres cambiados de bares y de cines. En cada insomnio el hombre recupera con los ojos cerrados su ciudad antigua y se afirma en la certeza de que es la verdadera. Se lo dice a la mujer que llora

a su lado. "Tendrás que ir al médico", solloza ella, "o me veré obligada a dejarte". Durante su última noche en el hotel el hombre sueña que camina por la ciudad, la auténtica, con paso seguro y cogido de la mano de la mujer que ama. Decide no despertarse.

La mujer leyó el texto sin hacer comentarios. Le propuso darse una vuelta por el South Bank, ver una película en el BFI (programaban un ciclo de cine chino con títulos que no se habían distribuido en Europa) y luego cenar en alguno de los pubs que daban al Támesis. El hombre se daba cuenta de que ella volvía a manejarse por Londres con la soltura de un vecino que sólo se había ausentado por vacaciones, quince años de vacaciones, pensó, pero ella seguro que habría sabido conducirle hasta el restaurante chino que definitivamente no hacía chaflán en Wardour. No se atrevió a sugerir el tomar la Circle Line y cambiar en King's Cross a la línea Victoria, y menos mal porque se habría equivocado. La mujer ni siquiera necesitó consultar el plano del metro para llevarlo al lugar preciso del otro lado del río donde se sacaban las entradas del British Film Institute. Se entretuvieron un rato mirando los tenderetes de libros de segunda mano. Atardecía con parsimonia sobre los puentes y los edificios de la orilla norte. Tu cuento no me ha gustado, dijo ella de pronto, y no me gusta ninguna de las dos interpretaciones que le doy a la frase final. El hombre sugirió tomar una cerveza. No, dijo la mujer, prefería pasear un poco más hasta la hora del cine. El hombre había publicado una docena de libros de ficción pero hacía meses que estaba bloqueado; con toda probabilidad la literatura era algo que, para él, pertenecía al pasado. He vuelto a escribir, se justificó, aunque sólo sea un parrafito. La mujer no contestó directamente, se había acercado al borde del Támesis y contemplaba sus aguas apoyada en el pretil. Empezó a hablar despacio, sin mirar a su interlocutor. Dijo que las palabras "decide no despertarse" podían anunciar un suicidio o al menos manifestar un deseo de muerte, o quizá sólo la voluntad de renunciar al presente y vivir del recuerdo de otras etapas de la vida que habría que ver si no estaba sustentado en fantasías a posteriori, en una fabulación que acaso no todos los comparsas de su historia aceptarían como verdadera, ella misma, por ejemplo, del mismo modo que no le podía conceder que en Oxford Gardens vendieran en ningún momento *fish and chips*, dudaba de que su propia versión fuera fiel a la que él había proyectado de manera muy narcisista sobre una etapa que al fin y al cabo habían compartido, y quedaba otro aspecto

que le gustaría aclarar, continuó, en el sueño del personaje de su narración el hombre iba de la mano de la mujer que amaba que, por lo visto, no era la misma mujer con la que regresó a la ciudad donde habían sido felices, a lo mejor había sonado la hora en la que podía confesarle sin sonrojos excesivos si durante aquel periodo de felicidad, y se notaba que pronunciaba la palabra felicidad entre comillas, se había entretenido con otro rollo, con la mujer que amaba por decirlo poéticamente a la manera de él, y a estas alturas ya qué importaba salvo el quitarse las máscaras de una puta vez, y cuando dijo "puta vez" le dirigió una mirada de reproche y tristeza que él no tenía archivada después de tantos años de mirar sus miradas. El hombre estuvo a punto de protestar porque él no tenía la culpa de que la ciudad entera se hubiera desplazado unos metros hacia el sur o hacia el oeste pero se percató a tiempo de que el problema ya no residía en las veleidades de Londres o de su memoria de Londres sino en la interpretación de un cuento que había escrito sin reflexionar y sin concederle otro sentido que el que transpiraba la angustia de no reconocer las estatuas, las iglesias, las estaciones. No sé cómo hay que interpretar el cuento, le dijo, pero la mujer con la que sueña el protagonista es la misma que le acompaña en el viaje, nunca hubo otra. La película resultó un peñazo y durante la cena sólo intercambiaron las cortesías indispensables. Aquella noche el hombre no podía dormir. Había estado a punto de entrar en el hotel de al lado y la mujer no ocultó su alarma en un gesto que a él no le pareció exento de fastidio y de una especie rara de desprecio. La mujer se removió en el lecho y le susurró ¿no duermes? Se desprendía de su cuerpo un calor dulce que él reconocía sin posibilidad de equivocarse, en eso no se confundiría jamás. No, respondió él. ¿Quién era la del sueño?, preguntó la mujer. El sueño es inventado pero la mujer eres tú, dijo él. Se amaron en silencio como hacía años que no. Después él cayó en una noche profunda. Lo despertó el canto de los pájaros en el prado comunitario.

La mujer se abrochaba una blusa verde frente al espejo, lo vio pestañear y se rió. Ya era hora, gandulón, dijo, hoy llevaré yo a Bea al cole, daba pena despertarte de lo a gusto que dormías. El hombre se sentó en la cama. Había tenido un sueño tan claro y realista que parecía de verdad, dijo, había soñado que ellos eran mayores, ya no vivían en Londres pero volvían a Londres y resultaba que todo estaba levemente cambiado, como desplazado hacia un lado, sabes, o bueno, eso le pasaba a él, que todo le parecía cambiado, pero a ella no, qué extravagancia y se le iba borrando

el sueño conforme hablaba y se quitaba el pijama para entrar en la ducha. Hay café recién hecho en la cafetera, dijo la mujer. Se despidió el hombre de Bea y de la mujer con unos besos. No entraba a trabajar hasta las cinco, les recordó, iría a buscar a la niña y ellos ya se verían a la hora de la cena. Tomó café y un par de tostadas. Se cepilló los dientes, se afeitó, hizo la cama. En la cocina confeccionó una lista de compra para el supermercado, iría más tarde. El hombre había publicado varios libros de ficción pero hacía tiempo que estaba bloqueado. Esa mañana, sin embargo, sintió que podría reanudar sus creaciones literarias. Las hilachas del sueño seguían ahí y desde ellas se le iba componiendo un relato que no había que desaprovechar. Se instaló en la mesita de la sala con otra taza de café. Rechazó la tentación del cigarrillo. Quitó la funda de la máquina de escribir. Cómo empezar. Se mordió la uña del dedo corazón de la mano izquierda. Bebió un sorbito negro y caliente. Empezaría de la manera más simple. Puso el título: "La ciudad desplazada". Escribió:

Un hombre de mediana edad y su pareja viajaron a Londres donde habían sido felices juntos hacía muchos años.